

El Día Panamericano de 1949

POR JAVIER ARANGO FERRER

Consejero Cultural de la Embajada de Colombia

Siempre que la América indohispánica medita en su historia y en su destino político, Simón Bolívar regresa desde su sombra eterna para darnos horizonte y derrotero. Nada hay en nosotros que él no haya previsto. El Libertador pensó en grande, pero tenía entre sus manos la arcilla reciente e impura de pueblos que no pudo modelar con la grandeza de su pensamiento. El hombre que habló para los siglos desde las puebladas informes de América, crece proféticamente en la historia "como crecen las sombras cuando el sol declina".

Desde la iniciación de su vida estelar el guerrero estadista supo que, sin la unión, los países nacidos de su espada marcharían hacia la muerte. Por el año de 1821 Bolívar fusionó a Venezuela y a Nueva Granada y posteriormente al Ecuador en una sola república. La Gran Colombia tuvo por signo de su estructura la pequeñez de los hombres que en los tres Estados no supieron realizar sus amplios diseños. Después de Ayacucho, consolidada la independencia americana, el Libertador pretendió confederar las cinco repúblicas bolivarianas, pero en esta faz política su pensamiento fué también prematuro. Bolívar dió en la derrota la clave de su grandeza. La unión de los pueblos siguió perdurando en su mente como una espiral que nació en la Gran Colombia, que creció en la confederación apetecida de las cinco repúblicas bolivarianas, y que ampliándose en la confederación de las naciones indohispánicas abrióse al infinito del mundo. En su Carta de Jamaica de 1815, errante y proscrito, señaló a Panamá como la sede de un hipotético congreso universal donde se reunieran repúblicas, reinos e imperios para tratar y discutir, según sus propias palabras, "sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras tres partes del mundo". Blanco-Fombona observa que las Conferencias de la Paz en La Haya son la realización, casi un siglo después, de las ideas de Bolívar. Asimismo la difunta Liga de las Naciones y la ONU de ahora no son sino el desarrollo del pensamiento bolivariano.

Hombre superior a su tiempo y a su medio, lo que urge en su doctrina política es la Confederación de las naciones hispanoamericanas y la celebración, como primera providencia, de un Congreso General que serviría, según sus propias expresiones, "de consejo en los

grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete de los tratados públicos, caso de ocurrir alguna duda, y de conciliador en las diferencias que surgieran". Por estas palabras de nueva sabiduría, los tratadistas del derecho internacional han visto en Bolívar al fundador del arbitraje y al primero en reconocerlo como instrumento político en tratados públicos internacionales.

Desde Lima, Bolívar moviliza a los diplomáticos colombianos con la misión de dar a conocer desde el Anáhuac hasta el Plata los conceptos políticos en que debía basarse la soñada confederación, las medidas de mutua defensa contra las agresiones extracontinentales, y los peligros más cercanos que podrían menoscabar la expansión de las naciones recién nacidas en el libre ejercicio de la democracia. El Congreso de Panamá de 1826 no fué sino la heroica imagen de Bolívar empequeñe-

cida a su turno por quienes con suspicaz incompreensión le negaron su presencia y por quienes ya en el recinto de las deliberaciones redujeron su visión al pleito lugareño. Todos ellos desdijeron los perfiles que había trazado Bolívar para darle estructura y presencia al Continente. Cuando la crítica trasplante de su tiempo a los grandes americanos paró situarlos en la historia, Bolívar dejará de expiar su grandeza deformada en la ajena envidia y en la pequeña suspicacia.

Nuestros países distanciados, a pesar de sus múltiples afinidades, por el malicioso régimen colonial de España, vivieron insularmente en sus factorías económicas sin que nada supieran los unos de los otros. Bolívar quiso iniciar en el Congreso de Panamá el diálogo hispanoamericano entre los hombres más calificados de la época, para crear una conciencia continental basada en ideales comunes de vida y pensamiento. Si en lugar de quedarse en Lima hubiera el Libertador presidido la asamblea, el diálogo se hubiese ennoblecido con los grandes temas de la unión, tantas veces soñados por él en sus vastas soledades, aunque ello hubiese desatado la locuacidad de sus comentaristas australes. En el encuentro de la Gran Colombia y del Perú con México y Guatemala, que a la sazón ocupaba más vastos territorios centroamericanos, sólo apareció la imagen fragmentaria de la América hispana.

El general Francisco de Paula Santander, vicepresidente de la Gran Colombia, en ejercicio del poder, invitó quizá con prematura cortesía a los Estados Unidos de Norteamérica para asistir al Congreso de Panamá, contra las previsiones de quien había planeado la reunión para tratar exclusivamente de los problemas latinoamericanos. De los dos delegados observadores que acreditó el gran país del Norte, el uno murió antes de llegar a Panamá y el otro llegó cuando ya el Congreso, a causa de la insalubridad del clima panameño, se había trasladado a México. De todas maneras el Panamericanismo lo esbozó el colombiano Santander en 1826. Si en dicha época no todos los países hispanoamericanos acudieron al llamamiento de Bolívar, el 14 de abril de 1890, a la voz de los Estados Unidos, contestaron con presteza veintiún países, para que la unión americana quedara constituida bajo la acción directora de Norteamérica. El 14 de abril ha sido señalado para celebrar el día panamericano.

Igualdad jurídica, cooperación económica, solidaridad continental, son los tres pilares en que reposa la estructura literaria del panamericanismo. Las palabras grandes se dicen fácilmente. Para merecerlas es necesario elaborarlas comenzando por eliminar las propias incógnitas, por enderezar las comunes jorobas y por decantar las impurezas hasta llegar todas las partes a las formas ideales de relación y parentesco espiritual. Sólo así la inmensa palabra ideológica de Panamericanismo, limpia de sofismas y de paradojas, dejará de ser el plato que se sirve después de los postres, para convertirse en una nueva dimensión del mundo y del hombre que fluya con la misma lealtad de las asambleas internacionales como de los pueblos formados éticamente para cumplir sus compromisos y hacer respetar sus derechos. Entonces la igualdad jurídica hará posible la verdadera cooperación económica. Como corolario de tantas excelencias aprendidas tras largos sacrificios de hombres y de pueblos, vendrá la era de una auténtica solidaridad panamericana en contraposición a lo que podríamos llamar la política del remolque. El vasto y noble ideal panamericano no será mientras nuestros países desoigan las voces de Simón Bolívar y de Franklin Roosevelt, que claman desde sus sombras inmortales para que se inicie el diálogo de las revisiones que nos dará la veracidad y la exactitud, la conciencia colectiva y la acción conjunta en el avance de la cultura.

En este día y en un instante de silencio eyoquemos la memoria de Franklin Roosevelt, el hombre excelso que timoneó sin falsas y demagógicas alarmas los destinos del mundo, y legó al panamericanismo como herencia de su pensamiento la doctrina de la buena vecindad.

El empleo de las sustancias

Fixanal

"de Haën"

para el análisis volumétrico

J. D. Riedel-E. de Haën G. Berlin-Britz

ALIANZA QUIMICA MEXICANA, S. A. de C. V.

Serapio Bendón 50. México, D. F. Tels. 16-33-00 y 36-18-95

MATERIAL PARA LABORATORIOS